

Elecciones para nada

El repetido caso de las elecciones que no resuelven nada —Dinamarca, Gran Bretaña— acaba de producirse una vez más: el domingo, en Bélgica. Un sistema electoral por el cual el que gana votos puede perder escaños parlamentarios, tan confuso que hasta mediados de esta semana no podrá conocerse la lista completa de los diputados (en un país de seis millones y medio de votantes, con doscientos doce diputados y ciento cinco senadores a elección) ayuda a la confusión; y las elecciones anticipadas sobre sus fechas constitucionales —por disolución gubernamental del Parlamento— tampoco dan tiempo a que la opinión pública se forme

de una manera distinta. Pero la base, sin duda, de toda esta confusión es, como en Inglaterra, la falta de opciones nuevas, de políticos o de partidos nuevos o renovados, ante la situación enteramente nueva de Europa como consecuencia de la llamada crisis de la energía. En este caso, fue la base esencial de la ruptura del gobierno y la convocatoria de las elecciones: el socialista Leburton había pretendido instalar una refinería de petróleo en colaboración con Irán; los social cristianos (que con los socialistas y los liberales formaban la coalición gubernamental) se oponían; el Irán prefirió (con la nueva fuerza que le daba la crisis del petróleo y su

importante producción nacional) no hacer la refinería en Bélgica, y el gobierno cayó. Los socialistas pretendían también hacer una «cura de oposición». Como segundo fono, el problema llamado lingüístico, que naturalmente supera los problemas idiomáticos: el de las distintas minorías que forman la comunidad. Los regionalistas pretenden que el país se convierta en federación, sino en confederación.

En las elecciones, nada ha quedado resuelto. Cuando se sepa la lista definitiva de diputados se verá que el partido social cristiano (un centro-derecha) ha avanzado en escaños (en la Cámara anterior estaban muy equilibrados con los socialistas: 67 por 61), y que los socialistas han perdido algunos. Aun así, la coalición gubernamental será inevitable, aunque probablemente estará dirigida por un cristiano la centro derecha, y aunque su coalición con los socialistas (la derecha de la izquierda) tampoco consiga la mayoría absoluta de dos tercios que requiere la Constitución para los asuntos considerados importantes. Habrá avanzado también la extrema izquierda (consecuencia del malestar social), pero sin los suficientes diputados como para influir en el gobierno. Los partidos regionalistas —federales— han perdido escaños, contra todos los pronósticos. Y un partido marginal los gana, pero le parecen pocos, el PFU, *Parti des femmes unies*, que pretendía simplemente que en la Cámara hubiese tantas mujeres como hombres. Ha duplicado el número de

mujeres —de ocho a dieciséis, aproximadamente, según los primeros cálculos—, pero sigue siendo insignificante: sus directoras gritan de indignación contra las mujeres votantes, a las que acusan de traidoras.

El verdadero problema empieza ahora. Bélgica tiene el «record» mundial de las crisis largas; desde que el Rey inicie sus consultas hasta que se forme realmente gobierno, puede pasar tiempo: hasta meses (una pitonisa ha dicho que por lo menos hasta octubre). Los pronósticos van en favor del dirigente cristiano social del ala flamenca, Tindemans. Habrá una cierta incomodidad en Bélgica por no tener un presidente del gobierno socialista, como parece ser ya tradicional. Los socialistas pagan esta tradición con la moderación, tan excesiva que es la que puede haberles hecho perder votos en esta ocasión.

Una vez más, queda demostrado que la renovación de los países europeos debe comenzar por sus sistemas electorales, contraídos y deformados por los poderes con arreglo a sus necesidades en la guerra fría, de forma que expresen con más realidad las dosificaciones de la opinión pública, y que partidos y políticos deben también desprenderse de sus contracciones de la guerra fría (tanto los de derechas como los de izquierdas), para dejar de ofrecer doctrinas sobrepasadas y enfrentarse a la vida real tal como se va produciendo. En Bélgica, tampoco estas elecciones han servido para nada. ■ J. A.

Las elecciones de Bélgica han demostrado una vez más que la renovación de los países europeos deben comenzar por sus sistemas electorales, contraídos y deformados por los poderes con arreglo a las necesidades de la guerra fría. (La señora Antoinette Danis-Spaak, hija de Paul-Henri Spaak, y candidata por el Frente Democrático de francófonos, deposita su voto durante las recientes elecciones.)



NUESTRO TIEMPO

Streak

Varias Universidades americanas se disputan el honor de haber inventado el "streak"; parece que, en realidad, le corresponde a la del Estado de Memphis. El "streak", que acaba de hacer su aparición en Europa, es una nueva y extraña forma de protesta. Quienes la practican corren desnudos por las calles de una ciudad. Los viandantes apenas han tenido tiempo de salir de su asombro cuando sólo les queda tiempo de ver una pálida nalga que desaparece tras una esquina o en el interior de un automóvil. La velocidad del, o de los (o de las) protestatarios que elijan este método se debe, principalmente, al miedo de las represalias ciudadanas o al de la aparición de la autoridad. A medida que el procedimiento se va institucionalizando, adquiere mayor lentitud,

y hasta actitudes sedentarias. El presidente de un "college" en Sweet Briar oyó un cierto alboroto frente a su casa: se asomó y vio a cincuenta alumnas que corrían, desnudas, frente a sus ventanas. El presidente aplaudió. En la Universidad de Illinois descendieron cuatro paracaidistas desnudos —excepto el casco y los zapatos—; corrieron hacia un automóvil que les esperaba y desaparecieron. Pero en Newark (Delaware) doce protestatarios desnudistas (varones y hembras) se sentaron plácidamente en una plaza pública. Cuando llegó la policía había más de mil personas contemplando el espectáculo. En esta ocasión hubo batalla entre los policías vestidos y los estudiantes desnudos (la policía dice que en sus filas hubo once